

# Era medianoche en Bhopal

Conferencia de Javier Moro, periodista y Dominique Lapierre, escritor.  
Bilbao, 17 de abril 2001

**Javier Moro:** Es difícil hacer una entrevista a Dominique, ya que nos unen lazos mucho más estrechos que los meramente laborales, así que voy a darle la palabra y la oportunidad de que sea él quien empiece a contarles cuál fue el origen de esta aventura que nos ha llevado a recorrer multitud de países a lo largo y ancho de cuatro continentes para recrear la historia del mayor desastre industrial que ha tenido lugar en nuestro tiempo.

**Dominique Lapierre:** Gracias, Javier. En realidad, la primera cosa que me gustaría pedirles es que fueran indulgentes con mi castellano, que es muy malo, muy bruto, muy bestial, porque nunca he estado en la universidad y no he podido aprender correctamente, por tanto, la magnífica lengua de Cervantes. La verdad es que sólo he tenido un único profesor de castellano, muy poco ortodoxo, por cierto. Creo que le conocerán: se llama Manuel Benítez, El Cordobés. Yo, por mi parte, le conocí hace 30 años, cuando Larry Collins, mi compañero americano, hizo la investigación con él para escribir un libro que se llamaba Hoy llevarás luto por mí, y ya les digo que el poco castellano que hablo lo hablo gracias a Manuel Benítez. «Dominique, vamos a comer un bocadillo», «Dominique, vamos a montar a caballo», me decía. Al principio, era muy difícil comprenderle, ya que su castellano es muy complicado, casi ininteligible para un extranjero, pero en fin, ésa es otra historia que no viene a cuento.

Sí quisiera decirles que estoy muy contento de poder presentarles a ustedes hoy, junto con Javier Moro, la aventura que hemos vivido para escribir Era medianoche en Bhopal. A modo de introducción, les explicaré, como ya ha mencionado Javier, de dónde vino la idea que origina este libro. Hace 21 años, en 1980, puse en marcha, en el Noreste de la India, en Bengala, en la ciudad de Calcuta, donde vivió la Madre Teresa, una organización humanitaria que empezó después de conocerla. Una organización que funciona gracias a mis derechos de autor y también a las contribuciones de mis lectores, a su generosidad. Con ella, a lo largo de todo este tiempo, hemos ayudado a curar a 9.000 niños leprosos, procedentes de los barrios de chabolas, los más pobres de Calcuta; hemos contribuido a sanar a 4 millones de tuberculosos –en la India, la tuberculosis es la enfermedad que más mata–; hemos podido abrir 541 pozos de agua potable en pueblos muy pobres, sitios en el delta del Ganges, y desde hace 4 años, mi esposa, que también se llama Dominique –aunque ella es "la gran Dominique" y yo soy "el pequeño Dominique"– y un servidor hemos botado 3 barcos hospitales en las aguas de dicho río para suministrar ayuda médica a un millón de habitantes de 54 islas que no existen en los mapas de geografía. Nuestra labor es muy conocida en la India, y a pesar de ser una acción modesta, yo digo siempre que es una gota de agua en el océano de las necesidades; en este caso, me adhiero a lo que me decía muchas veces la Madre Teresa de Calcuta: «Dominique, Dominique, el océano está hecho de gotas de agua, así que tu gota es importante porque, con otras gotas, podemos hacer un océano». acción modesta, yo digo siempre que es una gota de agua en el océano de las necesidades; en este caso, me adhiero a lo que me decía muchas veces la Madre Teresa de Calcuta: «Dominique, Dominique, el océano está hecho de gotas de agua, así que tu gota es importante porque, con otras gotas, podemos hacer un océano».

Un día, también hace 4 años de esto, un señor fue a Calcuta expresamente para conocerme, y lo hizo desde una ciudad que nunca había llegado a visitar en 48 años de viajes por toda la India. Jamás había estado en una ciudad que se llama Bhopal –una

barbaridad, pero es así-, una ciudad de 600.000 habitantes, llena de tradición y de arte, que está en el centro de la India y, sin embargo, está alejada de los caminos turísticos normales. Pues bien, este señor fue a explicarme que después de una catástrofe industrial ocurrida una noche de 1984, todavía más de 200.000 personas sufren en su cuerpo las consecuencias de esta tragedia.



Dominique Lapierre y Javier Moro, durante la presentación del libro 'Era medianoche en Bhopal'. EL CORREO

Una nube tóxica se escapó de una fábrica americana de pesticida y aquella fatídica noche murieron 30.000 personas y más de 500.000 fueron intoxicadas por este gas; sin duda, la mayor desgracia industrial de todos los tiempos. Pero lo más preocupante es que, efectivamente, como acabo de mencionar, 15 años después, unas 200.000 personas sufren las secuelas de semejante desastre, debido a lo cual, este hombre vino a pedirme ayuda humanitaria para abrir una clínica ginecológica en la ciudad de Bhopal y poder tratar, así, a todas las mujeres "tocadas" por el accidente, mujeres muy pobres.

Esa noche, el 2 de diciembre de 1984, el viento soplaba de Norte a Sur. En el Norte estaba la fábrica, pero en el Sur había una corona de barrios de chabolas donde vivían solamente personas pobres. Sabemos muy bien que en nuestra sociedad occidental los pobres no tienen mucha voz, por eso, ante el deseo de esas mujeres desheredadas, pobres, sin ningún tratamiento médico, de recibir algún tipo de ayuda, decidí abrir dicha clínica. Compré en Japón el equipamiento necesario, muy sofisticado, con microscopios para hacer investigaciones patológicas y de toda índole. Visité Bhopal y me enamoré de ella y de sus habitantes. Y entonces fue cuando un día me pregunté: «pero ¿qué pasó el 2 de Diciembre de 1984 para haber un desastre de ese calibre?». Sin pensármelo dos veces, fui a la primera cabina telefónica que encontré para llamar a mi "sobrino", Javier Moro, a Madrid, porque sabía que estaba enamorado de la India y que había escrito un magnífico libro sobre la tragedia del Tibet. Cuando le conté lo que había ocurrido, el problema de Bhopal llegó inmediatamente a su corazón. Le pregunté si quería ir a la ciudad para empezar una investigación mundial sobre el suceso y reconstruir la aventura de esa fábrica de pesticida que al principio era un sueño, un cuento de hadas, la alta tecnología occidental que ofrecía a los campesinos de la India un arma para luchar contra los insectos que devoran la mitad de todas sus cosechas cada año, un sueño que al cabo de 6 años se transformó en un "titanic". Él aceptó.

Ése fue el origen de la investigación que llevamos a cabo para escribir este libro de aventura y, sobre todo, de amor, de compasión, de fe, de esperanzas puestas sobre un pueblo extraordinario, arruinado por un desastre que ha cambiado completamente la vida de esa ciudad tan rica y que, sin embargo, hoy está casi olvidado. Y precisamente por esto último lo hemos escrito, para evitar que nunca se olvide esta catástrofe, para que nunca nos olvidemos, primero, de que fue consecuencia de la megalomanía mortal, de la locura, de algunos ingenieros americanos y, segundo, de que hoy hay 200.000

personas que sufren. Ahora le cedo la palabra a Javier para que les explique un poco más de nuestra investigación.